

Todo por
volver a
verte

FLORENCIA VERCELLONE

Todo por volver a verte

UN AMOR EN TIEMPOS
TURBULENTOS

 Editorial El Ateneo



Vercellone, Florencia

Todo por volver a verte / Florencia Vercellone. - 1a ed. - Ciudad

Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2022.

320 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1292-2

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Históricas. 3. Novelas Románticas.

I. Título.

CDD A863

Todo por volver a verte

© Florencia Vercellone, 2022

Derechos exclusivos mundiales de edición en castellano

© Grupo ILHSA S.A. para su sello Editorial El Ateneo, 2022

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel.: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneco.com - www.editorialelateneco.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Coordinación editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Melanie Milagros Sanz

Producción: Pablo Gauna

Diseño: Marianela Acuña

1ª edición: septiembre de 2022

ISBN 978-950-02-1292-2

Impreso en Printing Books,

Mario Bravo 835, Avellaneda

provincia de Buenos Aires,

en septiembre de 2022.

Tirada: 4.000 ejemplares

Libro de edición argentina.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

*A mis padres, por confiar en mí mucho más de lo
que yo misma soy capaz.*

*A Rolo, Sara y Martín, mi familia, por ser mi
amor infinito y mi red.*

*A Susy Tejeda, por aquel primer libro que
comenzó a iluminar esta historia.*

*En algún momento pensé que podía, con esta
historia, rendir homenaje a toda una generación.*

*Con el tiempo me di cuenta de que con suerte, y
muchísimo trabajo, quizá me acercaría a contar,
al menos, algo de todo lo ocurrido.*

Primera parte





***“Furioso pétalo
de sal.
La misma calle
el mismo bar.
Nada te importa
en la ciudad
si nadie espera”.***

Fito Páez

Capítulo 1

Marzo de 2006

Sentada en el asiento del avión, con su peinado apretado, su orgullo lustrado, su memoria domesticada, Ana no dejaba de pensar, una y otra vez, qué haría al llegar a Córdoba, aquella ciudad que tan lejos parecía desde hacía años, a la que recordaba como quien extraña la juventud, y que a veces –solo a veces–, confundía con un sueño mal soñado. Muchas noches la había añorado, sobre todo sus primaveras con olor a jazmín y la inconfundible cadencia de sus voces. Y si bien la ciudad que la cobijaba desde hacía décadas parecía robarle algunos colores, espacios y calles, ella recordaba, aunque ya no de manera tan presente, que no había nada en el mundo como aquella imagen de La Cañada con sol.

Inconscientemente, volvió a acomodarse en el asiento. “Estos aviones ya no son como los de antes”, se dijo, y buscando

alguna posición cómoda entre el codo de su acompañante y la ventanilla, intentó dormirse. Sin embargo, la ansiedad que creía haber controlado con el bálsamo de tilo preparado antes de salir no la dejó ni siquiera mantener los ojos cerrados.

En su cabeza proyectaba todo. Siempre había sido así.

Le entregaría a Olivia los regalos conseguidos, días antes de partir desde España, para sus futuros suegros. Matrimonio conservador si los había en Córdoba, según, claro, se lo había descrito su propia hija. Pero “qué podía saber ella de conservadurismo cordobés, si se crio por otros lados”, pensó.

Revisó nuevamente la cartera. Estaba todo. La agenda con el número de teléfono fijo y el domicilio de la casa de su prima, Clara; y los datos del hotel donde se hospedaría. “Por ahora, no necesito nada más”, se dijo.

Como no lograba dormirse, ni tampoco tranquilizarse, casi sin siquiera darse cuenta comenzó a sacar y poner los objetos de su enorme cartera. Un juego entretenido y sin sentido de mover objetos al azar que le servía cuando estaba aburrida y algo nerviosa. O ansiosa. En fin, un movimiento terapéutico que la apaciguaba en momentos de incertidumbre. Una y otra y otra vez agenda, desodorante, revista, peine, neceser, billetera, una revista, carpeta con documentos entraban y salían del bolso y en cada uno de los movimientos les acomodaba detalles, cerraba cierres y sacaba el poco polvillo que habían acumulado. Una y otra y otra vez. A la quinta o sexta, mientras metía la mano adivinando a través del tacto lo próximo que saldría, sacó un pequeño espejo.

“¿De dónde salió esto?”, se preguntó. Nunca había conseguido tener una relación sincera con ese objeto. De chica le había generado la misma sensación que un gran agujero negro en el que podría caer sin poder regresar. Como la Alicia de los cuentos, pero sin conejos ni finales felices, solo el infinito estar de ella misma en la mayor de las soledades. No es que se sorprendiera de su propio reflejo, sino más bien que no sabía qué mirar. O, en realidad, cada vez que se enfrentaba a su propia imagen podía ver solo lo que aún faltaba; aquellos vacíos que no se ven, pero uno siente. De todas formas, no podía evadir los espejos, también le servían para observar su aspecto, el que cuidaba incansablemente.

Sin embargo, en ese momento, en medio de ese avión, fue tan solo un instante el que tardó en sacarlo del bolso y ponerlo frente a ella.

No tuvo escapatoria. Se miró.

Primero observó su cabello castaño. Tirante a causa del exagerado fijador que se había puesto para que el viaje no modificara su prolija presencia, y también por esa ajustada cola de caballo que le gustaba hacerse desde ya no sabía cuánto tiempo. Por suerte, el peinado seguía en su lugar. Después miró su respingada nariz, herencia de su madre, mujer a la que durante tanto tiempo odió, pero terminó por entender, cuando los años pasaron.

Quiso evadirlos, pero fueron sus ojos los que quisieron encontrarse con ella.

¿Quién era esa mujer que la miraba? ¿Qué estaba dispuesta a decirle? ¿Quién era ella? ¿Qué hacía subida a ese avión?

El cuerpo le tembló. Por primera vez era consciente de lo que estaba haciendo.

Sintió tanto temor que deseó esfumarse como por arte de magia. Se empezó a incomodar, metió el espejo con bronca al lugar de donde nunca tendría que haber salido, y cuando creía que un vendaval de malos pensamientos comenzaría a asomar, una mirada se cruzó con ella.

—¡Qué incomodidad estos asientos!, ¿no? —le dijo una mujer vestida de manera elegante, que seguro había pasado los setenta y pico, con carácter altanero y aprendidos modales.

Nunca agradeció tanto que una extraña la invitara a ser parte de su malestar. Un diálogo azaroso la sacaba de sus oscuras cavilaciones. Sonrió y comenzó una agradable charla con la coqueta señora. Pensó, quizá, que los fantasmas que querían volver morían otra vez.

Por muchas ofertas, obsequios y promociones que aceptó durante el viaje y a pesar de que había podido dormir bastante durante la noche, el vuelo resultó ser el más espantoso en años, lo que provocó en Ana un enojo mezclado con angustia que hacía tiempo no experimentaba. Por eso, ni bien aterrizó en Córdoba agarró su abrigo negro, su bolso rojo y su agenda, y con mal gesto

se bajó de la nave dispuesta a buscar su equipaje cuanto antes para salir del aeropuerto.

Una larga cola frente al lentísimo sistema de cintas con valijas la hizo agradecer la grandiosa idea de meter esa revista de moda en el bolso de mano, y en menos de un segundo empezó de atrás para adelante, como era su costumbre, a hojear ese maravilloso compendio de páginas que no tienen mucho para decir. Se divirtió tan solo un momento, ya que esas revistas le parecían todas iguales y no tenía suficiente dinero para comprarse las últimas tendencias. Se dispersó mirando a su alrededor y no pudo evitar dejarse llevar por la melodía que silbaba un hombre parado detrás de ella. Sonaba a algo conocido, algo que seguramente había escuchado en algún momento y que le generaba una extraña sonrisa en la boca. No podía recordar ni el origen de la canción ni el momento en el que se enlazaba en su vida. “¿Era la canción que escuchaba cuando hacía dormir a Olivia de chica? —indagó— ¿O lo que tarareaba papá cuando yo era una niña?”. No podía dilucidarlo, y cuanto más se esforzaba, más se frustraba y menos podía recodar en el mar de pensamientos que le venían a la cabeza. Era una melodía de *jazz*, de eso estaba segura, pero ¿por qué se sentía tan bien al escucharla?

De repente, su celular comenzó a sonar y la realidad la sacó de sus cavilaciones. Olivia, su hija, la causante del viaje desde el otro lado del océano hasta Córdoba, quería cerciorarse de que había llegado bien y le decía que la esperaba en la sala de arribos.



Sonrieron ni bien se miraron y se saludaron levantando la mano antes de cruzar el vidrio que dividía a quienes llegaban de quienes esperaban en la sala de aterrizajes del aeropuerto y, cuando estuvieron una frente a la otra, se dieron un apretado abrazo. Luego, Olivia la miró detenidamente y preguntó, con su tono habitual e imperativo, si había traído todos los regalos prometidos. Por momentos, Ana desconocía cómo su hija podría haberse convertido en alguien tan demandante. “Terminó siendo una niña consentida”, pensó y con inercia respondió que sí a todas sus preguntas para evitar conflictos.

Se había jurado, ya hacía mucho, jamás pelear por nimiedades con su hija, no repetir vínculos egoístas. Y lo había cumplido. Se lo prometió ella misma aquel invierno interminable en el que su hija había nacido, cuando le acarició por primera vez su pequeña mano. Estaban en una pieza mínima de un extraño hospital y en la mayor de las soledades, buscando inventar un nuevo mundo. Hasta ese momento no sabía si la decisión de que naciera había sido la correcta, pero al verla tan indefensa, tan pura, tan inocente, supo que la vida le estaba dando otra oportunidad. La oportunidad de repararlo todo.

Entonces fue allí, y en un segundo, cuando se prometió volver a nacer. Nacer junto a su hija, en otra tierra y con un nuevo destino. Pensó, incluso, en cambiar su propio nombre, volverse

otra desde la designación misma, pero la osadía no le dio para tanto. “¿Y si alguien alguna vez alguien se equivoca al nombrarme?”, había pensado. Y así crecieron madre e hija. Ana pintando tristezas pasadas, Olivia riendo a carcajadas y pidiendo lo imposible. Y tanto pidió y deseó, que cuando eligió a quien sería su prometido, Olivia, la niña del pelo ondulado, no dudó en organizar un viaje a miles de kilómetros para que su madre pudiera conocer a quienes serían su familia política. Pensando, quizás y de manera ingenua, que regresar a su país sería para su madre un regalo. Y Ana, que jamás había gastado un segundo de su tiempo en contar las desventuras de su exilio, no pudo más que aceptar el nuevo juego que le proponía su hija, y armó las valijas. Ahora allí estaban, en el comienzo, en el reencuentro. Era tarde para arrepentirse.

Recién al cruzar la puerta de salida del aeropuerto y respirar la humedad de la mañana mezclada con el olor a hierbas secas cayó en la cuenta de que estaba pisando tierra conocida. Cerró los ojos y suspiró rogando con todas sus fuerzas no sentir ningún punto en contacto con aquella ciudad que había dejado décadas atrás. El taxi salió rápido del aeropuerto y se dirigió rumbo al centro. Ella sonreía mientras su hija le hablaba de mil cosas a la vez, pero cada tanto dejaba de escucharla, daba vuelta la cabeza hacia atrás y miraba sobre la luneta del auto –como quien espía sigilosamente– y se tranquilizaba al no encontrar ni siquiera un punto en el horizonte que pudiera resultarle familiar.

Camino al centro, un corte por arreglos en la calzada obligó al conductor a desviar el auto.

—Creo que va a ser mejor tomar Costanera, señora, esto es un desastre, ¿sabe? —explicó con gentileza el taxista, esperando una respuesta.

Olivia miró a su madre y le hizo un gesto como para que contestara, aunque Ana entendía que no tenía nada para aportar. ¿Qué podría decir si hacía más de tres décadas que no pisaba esas calles? Dudaba, incluso, de que mantuvieran los mismos nombres. En ese momento, se sentía como una extranjera a la que podían pasear tranquilamente por las calles de la ciudad para mostrarle lugares icónicos, y de hecho disfrutaba tanto de esa sensación que no quería salir de ese registro. Su hija, en cambio, no hacía más que mostrarle sus raíces a la espera de que reaccionara.

Buscando tranquilizarse, miró por la ventana.

De repente, algunos recuerdos comenzaron a caer de a poco, como gotas de rocío en la madrugada. Si había algo que recordaba muy bien, era justamente lo linda que se ponía Córdoba en otoño. El calendario recién marcaba el cambio de estación, pero el sol templado de media mañana demostraba que estaban quedando lejos los calores del tórrido verano.

Las cuadras de las avenidas cercanas al río pasaban veloces frente a su vista y cada una de ellas parecía decirle algo diferente. Por eso mismo no quiso detenerse demasiado a admirarlas. Trataba de esquivar tantos pensamientos planificando minuto a

minuto su estadía en la ciudad, pero algunos recuerdos eran imposibles de sacarlos de su mente.

El taxi cruzó luego el puente Avellaneda, y la marcha cada vez más lenta daba por sentado que la llegada al centro estaba cerca.

De repente, y como si se apoderara de ella alguien diferente, señaló con total naturalidad:

—Si puede siga por aquí hasta el Boulevard San Juan; así se sigue llamando, ¿no?

Su hija, por supuesto, la miró desconcertada. No por su memoria iluminada de un momento a otro, sino porque la soltura con que lo dijo dejó entrever que quien hablaba era otra.

Ni bien terminó la frase Ana quedó perpleja. Ni siquiera ella misma sabía cómo su mente había podido disparar aquella indicación después de treinta y un años tratando de olvidar esas calles.

Poco después, el taxi paró frente al hotel. Por un rato, Ana quería estar tranquila, descansar del largo viaje, dejar las valijas y organizar lo que tenía que hacer con Olivia. Sería menos de una semana el tiempo que se quedaría en Córdoba, cinco días que le parecían una eternidad en realidad, aunque tampoco le había quedado remedio, según la agenda planteada por su hija.

Ese primer día, por la tarde, tendría lugar el encuentro con sus futuros consuegros, cita que sería –según pensaba– por demás sencilla, a pesar de los comentarios de Olivia sobre lo circunspectos que solían ser los padres de su novio, Franco.

Pero antes tenía otra cita, una que todavía no había planeado cómo enfrentar, y en la que se encontraría con su prima, Clara, quien le rogó ir a almorzar a su casa para darle la bienvenida. “Será hermoso recibirte”, le había dicho por teléfono. En realidad, Clara no solo la había invitado a almorzar. Al saber que iba a quedarse unos días en la ciudad, le había ofrecido su hogar para hospedarse, idea que Ana desechó en cada ocasión presentada, buscando evitar demasiado contacto con ella. Finalmente, y luego de tanta insistencia, no le quedó otra opción que aceptar ese almuerzo. “Te voy a estar esperando”, le recalcó en la última conversación a la distancia. Y Ana conocía las promesas de su prima.

No es que Ana no quisiera ir o hablar con Clara. No. Simplemente sospechaba, o más bien adivinaba, lo que podría ocurrir cuando se reunieran, y todavía no sabía cómo lograría impedir que todo ese blindaje que había logrado armar fuera de ella comenzara a caer, desmembrarse, quebrarse cuando su prima sacara del cajón inevitables temas.



El sol lucía radiante cuando Ana y Olivia se despidieron. Quedaron en encontrarse en casa de Clara pasado el mediodía, para ir a visitar a los suegros de su hija. Olivia se había ofrecido a acompañarla hasta lo de su prima, pero Ana fue determinante. “No te preocupes, sé tomar un taxi y dar una dirección”, le dijo, y la vio alejarse por la ancha avenida. El día estaba tan luminoso que pensó en caminar; sin embargo, lo descartó al instante y prefirió tomarse un taxi para evitar entretenerse cuadra tras cuadra. Entretenerse implicaba conectar con el entorno y recordar, y eso era lo último que quería.

En pocas cuadras llegó a la casa de Clara. Gringa flaca y de carácter indómito, que aguardaba –cigarrillo en mano y en plena vereda– a que ella llegara.

Con Clara se habían criado casi juntas. Tres calles en pleno barrio Alberdi separaban sus casas, y tan solo diez meses sus fechas de cumpleaños. Con tan poca distancia no había chances de guardar muchos secretos. Eso sí, por decisión de sus padres habían estudiado en colegios diferentes. Clara lo había hecho en un colegio estatal, y creció acompasada con aquellos ecos revolucionarios del siglo XX. Ana, en cambio, bajo las directivas de Mercedes, no tuvo opción, y calladita pasó sus años de escolaridad en un colegio religioso y bastante conservador, mamando una intransigencia de pensamiento y palabra que supo abandonar –en parte– en sus primeros años de juventud.

Pero a pesar de las diferencias en las formaciones, las primas Bianco no eran fáciles de separar y se las ingeniaron para

pasar casi todas las tardes en compañía. De niñas, jugando en el jardín de alguna de sus casas; en la adolescencia, organizando reuniones o salidas con amigos; y años más tarde, guitarreadas en terrazas de alguna pensión del centro.

Parecía increíble que no se hubieran visto en tanto tiempo. De no ser por una visita de Clara a España, la cuenta daría el mismo resultado: treinta y un años.

Cuando volvieron a verse, el abrazo pareció eterno y, al mismo tiempo, fugaz. Eterno por recrear un calor conocido para ellas, fugaz por la rapidez con la que terminó. Es que Ana no estaba dispuesta a caer en las sensiblerías y por eso evitó, haciendo el mayor de los esfuerzos, dejarse abatir por el recibimiento de su prima. Buscó estar presente y ausente al mismo tiempo y tan solo le bastaba tomarla de la mano y acariciarle la espalda, como quien acaricia a un extraño.

Por la reacción inmediata de desánimo de su prima, Ana se percató de que Clara seguramente había imaginado de otra manera su llegada. Quizás había fantaseado, pensó, con un encuentro mucho más genuino, conmovedor de su parte, que demostrara realmente que estar en Córdoba significaba para ella todo un acontecimiento. Lamentó decepcionarla y por un segundo pensó que la idea de visitar a Clara había sido una inmensa equivocación. Pero cuando, acto seguido, Clara la tomó del brazo y volvió a abrazarla con profunda nostalgia, entendió que a veces el tiempo no pasa en vano y que uno aprende a decir sin que medien demasiado las palabras. Por eso dejó pasar una

vez más la inseguridad que le daba reencontrarse con su prima después de tanto tiempo y, cual mantra, se repetía por lo bajo: “Ir no es volver”.



No bien entraron a la casa, desde la cocina le llegó a Ana un sabroso aroma a carbonada, mezcla de carne, cebolla, pimienta y ajo, que la hizo suspirar hondo. Su olfato no la engañaba, Clara preparaba uno de sus platos favoritos desde niña. “Al final, no todo parece ser tan difícil en este viaje”, pensó.

—No puedo creer que estás haciendo pastel de carne...
—dijo Ana caminando en dirección a la olla.

—Y... la ocasión lo amerita. Pensé en ir a un restaurante, pero después supuse que el pastel con la receta de mi vieja te iba a gustar un poco más... —dijo Clara guiñándole el ojo con complicidad y volvió a darle la espalda, entretenida en la cocina. Luego continuó—: Vos quedate tranquila. Vamos a tener un rato para charlar hasta que pase a buscarte Olivia con su novio. Además, Quique se fue de viaje por unos días, así que tenemos todo el tiempo para nosotras.

Enrique era el marido de Clara. Su “compañero”, como a ella le gustaba decirle. Se habían conocido cursando las primeras materias de Medicina. Se habían casado muy jóvenes y en medio

de tiempos violentos, y por más dificultades que tuvieron, se graduaron y siguieron fieles a su vocación de servicio.

Comenzaron realizando prácticas en el Clínicas y la Maternidad. Tiempo después, Clara hizo carrera como pediatra, y Quique consiguió con esfuerzo llegar a ser subdirector de un hospital. Si bien nunca había puesto su trabajo como herramienta para conseguir bienestar, el tiempo los encontraba en la mitad de su recorrido viviendo de manera muy cómoda. Solo tuvieron un hijo, Ernesto, que supo torcer (un poco) el mandato de sus padres: estudió Trabajo Social y consiguió una beca de posgrado en el Brasil, donde actualmente residía.

Ana asentía con la cabeza a todas y cada una de las cosas que su prima le comentaba y que ella escuchaba muy en segundo plano, tratando de acomodar de a poco la realidad de estar en la Argentina. Observaba quietamente la casa de Clara, sus objetos, sus rincones y la mesa donde estaba apoyada con resabios de un desayuno que se había prolongado en el tiempo.

Quizás había exagerado en eso de sentir un nudo en la garganta al volver a la ciudad donde había crecido. Sentada ahí, mirando a su prima trabajar en la cocina, todo se sucedía de manera tranquila y tan solo la cadencia arrastrada en su hablar la predisponía a contarle cuestiones más personales.

Sin embargo, de repente, algo sobre la mesa le llamó la atención.

—Ana, ¡Ana! Che, ¿en qué te quedaste pensando? —Clara la sacó del estado de latencia en el que se había metido.

—¡Ah, pues nada, mujer! ¡Que tengo la cabeza en cualquier lado! Ayer estaba en Barcelona, hoy acá. En fin...—respondió algo ofuscada.

—Bueno, che, es que me parece mentira que estés acá. Tantas cosas pasaron... Escucharte con esa tonada española; sin embargo, te miro y sos la misma que antes. Te juro.

—Bueno, ¡que no me pongas melancólica que si no me voy a comer al hotel, eh! Ya te dije que no vine a buscar nada. Solo a acompañar a Olivia y su encuentro con sus suegros. A esta guapa solo se le ocurre buscarse un novio argentino. ¡Y encima cordobés!

—Algo le habrá encontrado.

—Espero, porque lo único que falta es que después de tanto viaje quede a mitad de camino el casamiento.

—¿Y cómo es el apellido?

—¿Ese dato importa?

—Por supuesto que importa, Córdoba no deja de ser una aldea donde nos conocemos todos.

—Bueno, para mí no importa, igual mucho no he investigado, pero, según Olivia, son unos *piripipi* interesantes...

Ambas rieron en sincronía, como hacía mucho no lo hacían.

Siguieron hablando de varias cosas a la vez, pero, por momentos, Ana se detenía mirando fijo la mesa.

—¡¡¡Ana, Ana!!! —volvió a gritarle.

—Perdón, es que el cambio de horario todavía me tiene mal y no pude dormir bien anoche en el avión. Sigo pensando en

mil cosas a la vez. Mejor me voy un rato al patio a fumar... ya vuelvo —se disculpó tranquila con su prima y se paró sin decir nada más.

Ana salió al patio y Clara prefirió darle aire antes de volver al ruedo una vez más con sus preguntas. Dejando la preparación al mínimo en la olla por un rato, comenzó a acomodar un poco el comedor de la casa, que bastante desorden tenía: tostadas, servilletas, tazas y el periódico del día con un titular de doble renglón en negrita que decía: “Informe especial sobre los 30 años del golpe”.

“¿Lo habrá leído Ana?”, se preguntó alarmada, sin saber cómo encontrar la respuesta.

En medio del jardín de la casa, Ana comenzó a sentir una asfixia impresionante. Sus manos empezaron a temblarle y de repente un dolor en el pecho le hizo avizorar otro momento de intranquilidad. Sentada en el tronco de un laurel de su prima, no podía dejar de pensar lo que había leído. Que, después de todo, eran tan solo palabras.

“Palabras”, pensó. O, quizá, mucho más. Hechos, momentos, personas, lugares. Recuerdos que habían quedado, sin dudas, treinta y un años atrás, pero con un escenario que también

había quedado lejos geográficamente. Y si bien no había sido fácil volar siendo una jovencita y sin nada en las manos hasta cruzar el océano, al tiempo le había ayudado a dejar atrás varias cosas.

Pero dejar atrás no es olvidar ni cerrar ni borrar.

Y ahora, como si nada, tan solo una frase revolvía lo que tanto tiempo había estado estático. Ya no sentía el temor de aquel entonces. No. Ni lástima. Sí un dolor intenso y, por momentos, desgarrador, que brotaba desde adentro. De repente, odió haber aceptado viajar a Córdoba. Odió la ciudad. El barrio, su prima, y hasta ese olor indescriptible en el ambiente, que también le recordaba cosas. Prendió un cigarrillo y tomó una ramita del árbol más cercano. Garabatear dibujos imaginarios sobre el piso siempre había sido para ella como una caricia al alma. Respiró hondo y, mirando fijo hacia arriba, se dio cuenta de que a veces la memoria es como el agua que inunda y de nada sirve quedarse inertes. Todo lo contrario, hay que nadar sobre ella.

Cuando apagó el segundo cigarrillo recobró la tranquilidad y decidió volver a entrar. Clara ya había terminado de poner la mesa y servir el vino en las copas. Decidió no preguntarle nada de lo que quizás había leído.



Al contrario de lo que había imaginado, el almuerzo con Clara fue tranquilo, sin indagaciones, charlando de quehaceres y la vida de terceros que hacía mucho no veían. De tíos y tías muertos y primos lejanos, de los hijos y sus decisiones. De hecho, Olivia se sumó a sus conversaciones ni bien llegó a la casa donde estaba su madre, y contó acerca de cómo había conocido a Franco y de sus planes para el futuro. Se la veía realmente enamorada y Ana estaba convencida de que parte de ese encantamiento tenía que ver con la contención que le daba ese apaciguado joven cordobés a su temperamental hija.

A diferencia de ella, tan racional y previsible, Olivia era la pasión en persona. Toda ella era exteriorización. Un pelo de volumen indomable, unos ojos grandes y curiosos, unas manos expresivas y una voz que podía escucharse desde recónditos lugares de la casa. Por eso no le sorprendió que, ni bien sonara el timbre de la casa, Olivia fuera corriendo a la puerta, anticipando el arribo de su prometido. Un beso apasionado y largo dejaba en claro el escaso tiempo de noviazgo entre los jóvenes y la rápida llegada del casamiento.

—Ven, Franco, que te presento a mi tía argentina. Ella es Clara, prima de mamá. —Antes de hablar, Clara se detuvo a observar al muchacho, con esa mirada aguda y analítica que la caracterizaba.

—¿Qué tal?!, un gusto. ¡Al fin te conozco! En pocos minutos me han hablado muchísimo de vos —se presentó Clara, sin preámbulos—. Bienvenido a la familia. No sé si te hablaron de

mí antes, soy la prima algo desbocada de tu suegra, que es una persona por demás recatada, como verás. Bah, recatada se volvió en España, pero bueno, esa es otra historia.

Ana miró de reojo a su prima y decidió intervenir:

—Bueno, demasiado para un primer encuentro, ¿no? —interrumpió tomando a su futuro yerno del brazo y ofreciéndole sentarse donde antes estaban charlando.

“Me preparo y salimos”, dijo sin mirar a Clara, quien entendió rápidamente que el viaje de su prima respondía al estricto pedido de Olivia –tal cual lo había dicho– y que sería casi una fantasía poder rescatar de la memoria de Ana toda una niñez y una juventud compartidas.

Sin muchos preparativos, Ana, Olivia y Franco partieron dejando atrás la casa de Clara. Si bien su prima había hecho lo imposible para hacerla sentir cómoda, Ana sentía que algo no estaba bien del todo.

Quizá lo que había leído en el diario o las acotaciones constantes de su prima o su actitud algo imperativa. O quizás esa intención de querer recuperar todo el tiempo que habían estado distanciadas. Clara siempre había sido así, impulsiva, enérgica, acelerada. Pero tampoco podía echarle la culpa a eso. Más o menos, Ana lo había previsto. Lo que no había podido prever era lo que iba a sentir al reconocerla nuevamente en su cotidianeidad. Ese acercamiento la incomodaba, sentía que eran como puntos que habían quedado colgados en el aire y que ahora luchaban por volver a conectarse.



Horas más tarde, cuando el sol ya caía a sus espaldas, había cumplido con la primera cita en casa de sus consuegros e iba de regreso hacia el hotel, Ana comenzó a entender lo que le había anticipado su hija acerca de “lo distinguidos” que eran los padres de Franco. Es verdad que a ella no le interesaban mucho las estirpes y altas castas sociales ni cómo interactuar con ellas, pero había sido la primera vez en su vida que se había sentido un enorme sapo de otro pozo, rozándose con personas que tenían un estilo de vida tan diferente al de ella. Con casas lujosas y jardineros, con departamentos por el mundo y empresas millonarias, con pasados legendarios y apellidos de abolengo.

Con la cabeza apoyada en la ventanilla del taxi, se perdía en sus pensamientos tratando de poner cada cosa en su lugar y entender cómo su hija se terminaría emparentando con personas tan diferentes a ella.

“¿Tan diferentes? Como si tuviera una vincha en la frente, una guitarra colgada al hombro y vendiera sahumeros en las ferias”, pensó de repente. Y la reflexión la sobresaltó. Tan solo con mirar de reojo las prendas que llevaba puesta, se sintió casi extraña por lo formal y conservadora que se había convertido con los años. Quizá no tuviera cajas de ahorro abultadas en el banco, pero sentía que compartía con esa clase mucho más de lo que hubiera deseado. Ella, que siempre pensó en cambiar el mundo, se

había acomodado tranquilamente y el mundo la había cambiado a ella. El mundo, el destino, el tiempo, o todo a la vez.

El sol le pegaba de costado sobre el vidrio y, a pesar del resplandor, Ana lograba ver el recorrido por el centro de la ciudad, con La Cañada a su lado. “¿Dónde habrá quedado aquella joven rebelde que fui en algún momento?”, pensó mientras se estremecía.

“Apárquese aquí, que está bien”, le indicó de repente al taxista, quien, sorprendido por la finalización abrupta del viaje, la despidió rápido a media calle y se fue tratando de no ser chocado por los autos que venían detrás.

De alguna forma sabría cómo llegar al hotel, eso no le importaba. Tampoco el impulso que la llevó a querer caminar de nuevo por la ribera pedregosa que rodea La Cañada cordobesa. Mientras bordeaba semejante paisaje, tantas veces extrañado, viajaba con su cabeza para indagar cuándo había sido la última vez que la había visto así, tan de cerca. Quizá después de alguna de esas reuniones a donde iba con Clara, o de regreso a su casa en Alberdi o para encontrarse con alguien en particular. Vaya a saber.

Recorrió uno por uno los faroles que la iluminaban por las noches hasta que llegó a uno y se apoyó sobre él para prenderse un cigarrillo. “Después de todo –pensó–, no puede hacerme tan mal caminar estas calles”. Justo estaba agachando su cabeza para prender fuego cuando le llamó la atención un cartel pegado sobre uno de los faroles. Se distinguían su color negro y sus letras blancas. Sin embargo, no lograba leer lo que decía porque otras publicida-

des lo tapaban. Otra vez, un impulso le hizo comenzar a arrancar el papel para dejar al descubierto lo que asomaba del fondo. Ahora podía leer con claridad: “Colón y Cañada, marcha a 30 años del golpe”.

Fue como si una sombra la rodeara.

Se preguntó por qué la vida estaba tan interesada en ponerla al frente de esos recuerdos otra vez. A ella, que había podido olvidar sin culpas, que había podido dejar atrás tantas preguntas.

Sintió que estaba en una especie de burbuja de cristal y quiso escapar. A cualquier lado. No importaba. Comenzó a caminar sin rumbo. O así lo creyó ella. Fueron una, dos, tres cuabras. Su aliento era cada vez más rápido, no podía concentrarse en nada, en nadie. Esta vez no había ninguna mano que la pudiera salvar, ninguna voz que la llamara. Se hundía, cada vez más, en pensamientos para ella olvidados.

Sentía que la misma muerte le estaba pisando los talones. Un fantasma borroso y sin cara la perseguía, como aquella noche cuando lo único que sentía cerca era su mochila en la espalda, mientras esperaba abordar el tren para partir a la salvación.

No pensaba, no veía, no entendía.

Tan solo sentía ese miedo abismal que le surgía del centro del cuerpo. Su paso cada vez se aceleraba más. Las bocinas que le trataban de avisar su recorrido ciego por las calles transitadas no llegaban a sus oídos momentáneamente sordos. No sabía hacia dónde iba, estaba perdida de todo, de todos, incluso de ella misma.

Hasta que, en un momento, levantó la mirada.

Frente a ella se levantaba un edificio que le resultó familiar. Algo cambiado por los años, con una fachada diferente, pero un espíritu que mantenía intacto. El mundo seguía girando, y Ana no podía sacar los ojos de aquel lugar.

Por primera vez, después de muchos minutos, sintió que respiraba otra vez. Y aquellos recuerdos que la acosaban desde las sombras se convirtieron, de repente, en un claro interminable. Una vez más, no podía recordar qué era, ni de dónde venía la remembranza, pero algo le acarició el alma.

Miradas, roces, secretos.

Momentos vividos de alguna época en que había sido feliz por esas mismas calles.

Y quiso salvarlos.